

limitaba á criticar el pasado, guardándose bien de formular un programa para el porvenir, por temor de dividir á los diversos elementos que la constituían; la unión de los conservadores no podía mantenerse sino á costa del silencio sobre la forma de gobierno. Pero en la derecha había atolondrados, como en la izquierda, y el 17 de septiembre el príncipe Napoleón, violando la consigna en una carta á un amigo, manifestó su opinión sobre el edificante espectáculo que ofrecían los conservadores. Dijo que en la unión conservadora cada cual ocultaba su programa y cada cual disimulaba su bandera, y añadió que aquella «monstruosa alianza estaba formada de reticencias y disimulo.» El príncipe se negaba á tomar parte en la lucha electoral de que nada tenían que esperar ni él ni el país. Su protesta aislada no tuvo eco: la «alianza monstruosa» subsistió y figuraron en una misma candidatura imperialistas como Casagnac, realistas como Lambert-Sainte-Croix y clericales como el conde de Mun.

En presencia de aquellos partidos sin franqueza y de un gobierno que, por escrúpulo de conciencia y por exceso de probidad electoral, afectó la neutralidad más absoluta, al extremo de no desmentir siquiera las noticias falsas; en presencia de funcionarios administrativos que no siempre disimularon sus simpatías por los candidatos hostiles á las instituciones establecidas, como faltaban los guías autorizados del pueblo, Francia, en posesión de un nuevo sistema de escrutinio, cuyo empleo ignoraba, iba á dar un salto en las tinieblas.

En la primera votación (4 de octubre) fueron elegidos 176 reaccionarios y 127 republicanos. Trece departamentos, en que las fuerzas republicanas eran considerables, se habían pasado enteramente á la reacción. Si el movimiento continuaba y se extendía el 18 de octubre, la forma misma del gobierno estaba en peligro. Las esperanzas más optimistas de los reaccionarios y las previsiones más pesimistas de los republicanos se habían cumplido con exceso. Lejos de dar los resultados que de él se esperaban, el escrutinio de lista había apartado del parlamento á los hombres más conocidos, reemplazándolos por candidatos cuya notoriedad no se extendía siquiera á los límites del distrito. Caillaux, Fourtou, Decazes, Meaux, Broglie, de la derecha, y Ribot, Devés, Germain y Ranc, de la izquierda, habían sido derrotados, lo mismo que cuatro individuos del ministerio, Pedro Legrand, Hervé-Mangón, Herault y Rousseau, sin contar con que Goblet había salido empatado. Sólo resultaban elegidos tres miembros del gabinete, Brissón, Sarrien y Cavaignac. De 38 candidatos, París no había podido hacer triunfar más que cuatro: Lockroy, Floquet, Anatolio de la Forge y Brissón. Los periódicos realistas pudieron afirmar, después de las elecciones, que el partido conservador había duplicado sus fuerzas en el país, mientras que las del partido republicano habían disminuído en un tercio.

Entre el 4 y el 18 de octubre sólo se produjo una manifestación gubernamental de alguna importancia. El 11 de octubre, el presidente del Consejo dirigió una carta muy prudente y política á sus electores, apelando una vez más á la conciliación. Sus consejos fueron escuchados, pues los republicanos más moderados se retiraron patrióticamente ante los candidatos de opinión más avanzada, y la segunda votación fué un triunfo pa-

ra los radicales. De las 269 vacantes que había que cubrir el 11 de octubre, fueron ganadas 244 por los republicanos y los radicales y 25 por los reaccionarios. Después de las elecciones coloniales, la nueva Cámara comprendió 383 republicanos y 201 reaccionarios. Los republicanos se dividían en radicales (180) y en moderados (200). Los reaccionarios se dividían en realistas, imperialistas y clericales, en número de un tercio, poco más ó menos, cada partido. Si los 201 reaccionarios se unían á los 180 radicales, los 200 republicanos moderados iban á verse arrollados entre las dos alas de la asamblea y todo gobierno resultaba imposible.

La legislatura extraordinaria de 1885 se abrió el 10 de noviembre. Aquella misma mañana, el *Diario Oficial* había anunciado la substitución de Pedro Legrand y Hervé-Mangón, ministros no reelegidos, por Gomot y Dautresme. Herault y Rousseau no fueron reemplazados como subsecretarios. Las elecciones no contestadas fueron validadas en la Cámara antes de la elección de la mesa, señalada para el 14 de noviembre. Antes de esta elección celebráronse reuniones extra parlamentarias en el Gran Oriente, bajo la presidencia de Lockroy, y á las cuales asistieron 150 diputados. De estos había unos cien radicales y unos cincuenta ferrystas. Las resoluciones tomadas se resintieron de esta composición: los radicales se impusieron á los moderados. Estimando que lo que más urgía era procesar al gabinete Ferry, los intransigentes consentían, sin embargo, en renunciar al procesamiento, si se les concedía la amnistía que debía aplicarse exactamente á cuatro personas: Luisa Michel, el príncipe Kropotkine y dos desconocidos. Decíase que esta combinación merecía el asentimiento de dos ministros y que el presidente de la República no se oponía á ella. Lo cierto es que el presidente del Consejo la desechó formalmente y, en la declaración ministerial leída á las Cámaras el 16 de noviembre, recomendó una política de unión, de conciliación, de concentración y de labor económica, sin la menor alusión á la amnistía y sin expresarse con suficiente energía, para los radicales, sobre las destituciones de funcionarios que aquellos juzgaban necesarias.

En vez de interpellar inmediatamente al presidente del Consejo y solventar esta cuestión con él en la tribuna, los republicanos avanzados resolvieron, en nuevos conciliábulos celebrados en el Gran Oriente, pedir su dimisión al presidente del Consejo. Brissón recibió muy mal la embajada, contestando á sus interlocutores que, según todas las reglas parlamentarias, no se retiraría sino en caso de ser derrotado en la Cámara, y que iba á proporcionarle la ocasión de manifestar su opinión, presentando un proyecto de créditos para el Tonkín y para Madagascar.

Tres días después fué presentado el anunciado proyecto. De 243 millones de créditos abiertos en 1885 para el Tonkín y para Madagascar quedaban disponibles 113. El gobierno proponía cargar al ejercicio de 1886 una suma de 79 millones así repartidos: 45 millones para Marina, 30 para Guerra y 4 para Madagascar. Calculaba que, reduciendo el cuerpo expedicionario á 11.352 hombres y robusteciéndolo con la organización de 5.738 tiradores tonkineses, los gastos de la metrópoli para su colonia disminuirían considerablemente en 1886.

La comisión que se nombró el 24 de noviembre se componía de 26 miembros hostiles y 7 favorables: eligió presidente á Jorge Perin, adversario nato de toda conquista colonial, y convocó en seguida al presidente del Consejo. Tomando posición con gran claridad y con un verdadero valor cívico, Brissón declaró que el gobierno no consentiría jamás ni en la evacuación inmediata, ni en la evacuación escalonada y progresiva. La comisión empezó inmediatamente sus trabajos: después de haberse dividido en tres subcomisiones, militar, diplomática y económica, procedió á una detenida información sobre los orígenes, las peripecias y el objeto de los establecimientos franceses en el Tonkín y en Madagascar y sobre toda la política colonial. Interrogó largamente á los funcionarios que el gobierno había tenido la debilidad de autorizar para que declarasen ante ella, y ella pudo entrometerse en detalles de administración, en averiguaciones de responsabilidades que sólo al poder ejecutivo correspondía investigar. Formó su expediente como una instrucción judicial, no contra el gabinete del 6 de abril, sino contra el del 21 de febrero. El resultado respondió mal á lo que ella esperaba y casi todas las declaraciones fueron la justificación manifiesta de la conducta de Julio Ferry y de sus colegas.

La declaración que más impresionó y que al mismo tiempo hizo resaltar más la imprudencia cometida por el gobierno, al autorizar á los oficiales para que compareciesen ante la comisión parlamentaria, fué la del general Briere de l'Isle. El sucesor del general Millot reconoció que el ministro de la Guerra del gabinete Ferry había dejado á su juicio la oportunidad de la marcha contra Lang-Son y asumía toda la responsabilidad de la misma marcha.

En cuanto á la retirada que siguió á la herida del general Negrier, Briere de l'Isle la atribuía únicamente al estado de embriaguez del teniente coronel Herbingier. Citado ya ante un Consejo de guerra por la retirada de Lang-Son, y libremente absuelto, el teniente coronel fué citado ante un consejo de información, á consecuencia de estas nuevas acusaciones, y absuelto por unanimidad el 10 de febrero de 1886.

El tercer punto de la declaración, del general Briere de l'Isle, que impresionó vivamente la opinión, fué relativa al general Courcy. Briere de l'Isle atribuía á su rudeza y á su desconocimiento de los usos y costumbres asiáticos los trastornos de Hué, que había habido necesidad de reprimir severamente.

El principal causante de la caída del gabinete Ferry había sido el general Briere de l'Isle, con su parte telegráfica de 24 de marzo. Interrogado por la comisión sobre si había dicho que se necesitarían 60.000 hombres para guardar el Tonkín, contestó que con 6.000 franceses y 15.000 tonkineses se podía guardar y defender la colonia. Aunque el general Briere de l'Isle se hubiese portado en ciertas circunstancias con deplorable ligereza, la declaración de un hombre conocedor del país y que había alcanzado brillantes victorias en el Kep, en Chú y en la línea de Loch-Nam, impresionó á los individuos de la comisión y, sin hacerles comprender mejor las necesidades que se imponían á Francia, impidió que se pronunciaran abiertamente por la solución radical y desastrosa de la evacuación.

El largo dictamen de Camilo Pelletán presentó las huellas de aquella impresión. No aconsejaba al gobierno que llamase á las tropas «por telégrafo», sino que «operase la liquidación» con todas las garantías y precauciones necesarias. Tan hostil al protectorado como á la anexión, la comisión proponía simplemente que se votase un crédito de provisión para el sostenimiento de las tropas. Después de una larga y animada discusión en que unos diputados apoyaron las conclusiones del dictamen y otros se esforzaron en probar que los intereses y el honor de Francia aconsejaban la terminación de la obra empezada y el cumplimiento del tratado firmado con China, los créditos pedidos fueron votados por 274 votos contra 270. La mayoría se componía de 273 republicanos y un miembro de la derecha, monseñor Freppel; la minoría la formaban 176 reaccionarios y 94 republicanos. El gabinete había triunfado, pero debía su triunfo á dos circunstancias fortuitas: la ausencia de los diputados de cinco departamentos, cuyas elecciones habían sido anuladas, y el vacar los puestos de seis diputados del Sena que, habiendo sido elegidos también en provincias, optaron por las provincias y no fueron reemplazados en París hasta el 28 de diciembre por los Sres. Labordere, Maillard, Millerand, Douville-Maillefeu, Achard y Brialou. Si estos diputados de París, que hubieran votado todos contra los créditos, y los 22 de la derecha se hubiesen hallado presentes en la Cámara el 24 de diciembre, los créditos hubieran sido desechados por 298 votos contra 274. Se comprende que Brissón no considerase suficiente aquella mayoría de cuatro votos á duras penas obtenida. Desde aquel día estuvo tomada la resolución que su dignidad le imponía. Se habían salvado los intereses y el honor de Francia, y esto era lo esencial.

Desde la reapertura de las Cámaras toda la atención se había concentrado en las discusiones de la Comisión de los Treinta. Sin embargo, en la Cámara, en el Senado y en el orden administrativo había interesantes cuestiones que habían solicitado la atención pública.

La Cámara había renunciado á interpellar al gobierno sobre su política al principio de la legislatura, pero al cabo de un mes presentáronse sucesivamente tres interpelaciones en los días 10, 12 y 15 de diciembre. Raúl Duval había presentado al ministro del Interior sobre los derechos y los deberes de los alcaldes en tiempo de elecciones; Camelinat al ministro de Obras públicas sobre las obras de París, y la orden del día pura y simple había puesto fin á ambas interpelaciones. Fué más ruidosa que éstas la de Baudry d'Assón al ministro de Cultos sobre la supresión de sueldos eclesiásticos. Goblet había reivindicado ciertos derechos de la autoridad civil confirmados por decisión del Consejo de Estado. La Cámara había aplaudido con entusiasmo á Goblet, acordando la fijación de su discurso y dándole un voto de confianza por una gran mayoría. Quince días antes, la asamblea había mostrado tendencias proteccionistas, obligando á la administración de la Guerra, contra la voluntad del subsecretario, Sr. Cavaignac, á no admitir más que productos de origen francés en las subastas públicas para el abastecimiento del ejército. La Cámara había procedido con intermitencias al examen de las actas electorales, aplicando la extraña doctrina de anular en tal departamento las elec-

ciones en que había intervenido el clero ó en que las noticias falsas habían podido ejercer alguna influencia, y aprobando las del departamento vecino en que se habían producido las mismas intervenciones y se habían cometido iguales abusos.

Antes de ser llamado á votar, el 26 de diciembre, sobre los créditos del Tonkin y de Madagascar, que adoptó por 212 votos contra 59, había tenido que pronunciarse sobre numerosas leyes económicas relativas á los delegados mineros, á la libertad del tipo del interés en materia comercial, al monopolio de las pompas fúnebres concedido á las fábricas de las iglesias, y había tenido también que ratificar, muy tardíamente por cierto, el tratado de comercio concluido el 15 de enero de 1885 entre Francia y el rey de Birmania. El rey Thibó había concedido á una compañía francesa el privilegio de la explotación de sus bosques quitado á una compañía inglesa. El gabinete de Londres había protestado, sin que Thibó hiciese caso de las protestas y los ingleses habían apelado á los grandes argumentos: el 28 de noviembre el general Prendergast penetró en Mandalay con un pequeño ejército, dictó la ley á Thibó y anuló la influencia francesa en Birmania.

En el departamento ministerial de Goblet, dos medidas importantísimas inauguraron la reforma de la enseñanza superior, entrevista por Waddington y por Ferry y que no había de completarse hasta julio de 1896.

Un decreto de 25 de julio de 1885 autorizó á las Facultades á recibir donativos, legados y subvenciones, á administrar sus recursos, á discutir y redactar los programas de los cursos y á presentar candidatos para el decanato. Era un principio de autonomía dada á las facultades que se hallaban desde 1808 estrechamente subordinadas á la administración central. Dióse un nuevo paso por este camino en virtud de otro decreto de 28 de diciembre que creó en cada capital académica un Consejo general compuesto de representantes de cada Facultad ó Escuela de enseñanza superior, elegidos en parte por la Facultad ó por la Escuela, presidido por el rector y encargado de repartir entre las Facultades los fondos destinados á los servicios comunes.

El mismo día en que se firmó el decreto de diciembre, reunióse en Versalles el Congreso, y después que la derecha hubo retrasado sus trabajos con un violento tumulto como protesta contra la ausencia de los diputados invalidados, reeligió á Grevy para la presidencia de la República por cien votos menos que en 1879. Brissón, que no era candidato, reunió 68 sufragios. Los temores que hacía concebir la composición de la Cámara no eran ajenos á la reelección de Grevy. Pero los republicanos moderados, los que más disgustos debían al presidente de la República, eran hombres de gobierno, poco dados al rencor por disciplina y por sentimiento de las necesidades políticas, y perdonaron fácilmente á Grevy sus faltas, que eran también las de su camarilla. Por otra parte, dado el estado de ánimo de los 383 diputados republicanos, en 21 de diciembre de 1885 era difícil encontrar otro candidato mejor que Grevy para la presidencia de la República.

Reelegido en los Vosgos con toda la candidatura republicana, Julio Ferry se hallaba aún bajo el peso de las iras y de los odios que habían determinado su caída el 30 de marzo y de una impopularidad que había

de tardar ocho años en disiparse nada más que en parte. A Brissón se le hacía responsable del resultado de las elecciones de octubre y de faltas que no había cometido, amén de que sus ideas eran algo más avanzadas que las de la mayoría del Congreso y, sobre todo, más avanzadas que las de la mayoría del país. Clemenceau sólo tenía influencia en una mínima fracción del partido radical; en el país su autoridad era limitada y su programa parecía poco tranquilizador. Freycinet tenía en contra la ruina parcial de la influencia francesa en Egipto y más recientemente su adhesión á la política de conservación colonial. Sadi-Carnot, que aún llevaba pocos meses de ministro, había representado un papel muy modesto en el poder, y como diputado, las órdenes del día de confianza que solían llevar su firma no eran propias para recomendarlo entre los radicales y los intransigentes. Floquet no había sido nunca ministro, y los recuerdos de 1867 le vedaban el primer puesto del Estado. El nombramiento de Julio Grevy se imponía, pues, casi fatalmente á falta de otro candidato presidencial que tuviese suficientes probabilidades de éxito, así es que se le votó sin entusiasmo, pero sin vacilación.

El 29 de diciembre, Brissón entregó la dimisión del gabinete al presidente de la República, y se cerraron las Cámaras. Al final de 1885, en que se habían renovado todos los poderes públicos, Francia se encontraba en presencia de un presidente anciano, de un Senado excelente, de una Cámara sin mayoría y de un gabinete dimitente; el cansancio, el desaliento y la incertidumbre del porvenir reinaban en todas partes; el país no tenía ni la conciencia de sí mismo, ni la energía perseverante que constituye la fuerza de las naciones: la hora crítica de la República había llegado.

Radical por las personalidades de Brissón, Goblet, Freycinet y Legrand, el gabinete del 6 de abril había sido oportunista por sus actos. Después de haber prestado al país los servicios que de él se esperaban, Brissón dejó el poder, sin amargura ni recriminaciones, con la dignidad tranquila que no le abandonó jamás. No se pronunciará su nombre en las innumerables combinaciones ministeriales que van á elaborarse en adelante; su voz temblando de dolor y de indignación no se hará oír sino cuando el cesarismo renaciente amenazará su ideal de razón, de moralidad y de justicia.

XVI

Era preciso que el partido republicano tuviese mucha escasez de hombres para que después de la retirada de Brissón, en ausencia de todo principio y de toda dirección, se volviese á apelar casi fatalmente á Freycinet. Su plan de obras públicas, tan oneroso para el Tesoro, su actitud en frente de las congregaciones en 1880, las faltas de su política exterior en 1882, hubieran debido mantenerlo largo tiempo alejado del poder. Otros lo estuvieron para siempre por errores menos graves; pero no tenían la maravillosa flexibilidad de Freycinet, no eran tan hábiles como él en marchar por entre los escollos parlamentarios, en hacer desviar los golpes, en enredar á los contradictores, en salir ilesos de las refriegas más confusas, en obtener en una sola sesión dos y hasta tres mayorías diferentes, haciendo

que votaran en favor del gabinete, primero la derecha y la extrema izquierda, luego la izquierda moderada y la izquierda radical, y, por último, todas las izquierdas. Era el único capaz de aquellos ejercicios de prestidigitación parlamentaria en una asamblea en que coexistían tres minorías de igual fuerza. Pero también era incapaz de ejercer una acción duradera sobre los 200 diputados de la izquierda moderada y de atraer hacia ellos, para constituir con todos una verdadera mayoría gubernamental, á los 60 ó 80 miembros de la izquierda radical que hubiera sido posible retener con un poco de firmeza y de carácter.

Gambetta había predicho una era de dificultades, y lo que había empezado constituía una era de peligros, que Freycinet era incapaz de conjurar. El público lo echó ya de ver el 7 de enero de 1886, al enterarse del extraño ministerio que había formado. Tomando con la presidencia del Consejo los Negocios extranjeros y los países de Protectorado, Freycinet conservaba del anterior ministerio á Goblet en Instrucción pública, á Sadi-Carnot en Hacienda, á Demóle, que pasaba de Obras públicas á Gracia y Justicia, y á Sarrien, que cambiaba los Correos y Telégrafos por el Interior. Los nuevos ministros eran Baihaut en Obras públicas, Develle en Agricultura, Granet en Correos y Telégrafos, Lockroy en Comercio, con la agregación de la Industria, el almirante Aube en Marina, y en Guerra un general poco conocido fuera de la camarilla de Clemenceau, que iba á adquirir nombradía en la especialidad del militar político.

De todo había en aquel ministerio heterogéneo é incoherente; había republicanos gubernamentales como Sadi-Carnot, Develle, Demóle y Baihaut; había políticos que se habían adherido al programa del Gran Oriente, como Lockroy, Granet y Peytral, subsecretario de Hacienda. Había, en fin, hombres como Sarrien y Goblet, que se mantenían en las fronteras que separaban la izquierda radical de la izquierda gubernamental, y que lejos de servir de lazo de unión entre estas dos grandes fracciones del partido republicano, no aportaban al gabinete más voto que el suyo personal, de modo que el presidente del Consejo tenía á menudo que buscar apoyo casi en los confines de la extrema izquierda.

Floquet no fué elevado nuevamente á la presidencia de la Cámara más que por 243 votos; menos de la mitad de los diputados. Grevy dirigió un Mensaje al parlamento tan pronto como se hubo constituido. Después de haber manifestado que la República era más que nunca el gobierno necesario de Francia, el único que podía durar, porque se hallaba apropiado á un estado democrático y el único conciliable con la soberanía nacional, Grevy decía que la estabilidad ministerial era necesaria para la buena administración de los intereses públicos, para la dignidad del gobierno republicano, para su crédito y su consideración en el mundo. ¿Qué hacía falta para asegurar aquella estabilidad? Una mayoría gubernamental. Esta era la imperiosa necesidad del momento. Y para constituir aquella mayoría el presidente de la República aconsejaba, á su vez, la política de concentración.

La Declaración ministerial emitía una verdad más contestable, cuando decía que ningún gobierno podía

durar sin el apoyo de todas las fracciones de la mayoría republicana. Tal fué, sin embargo, el arduo problema cuya solución trató de hallar Freycinet. Este expuso en su programa una política puramente oportunista, sin dejar de hacer insinuaciones significativas á los radicales más avanzados. Habló de restablecer el equilibrio en los presupuestos procediendo, no por empréstitos ni por nuevas contribuciones, sino por economías y combinaciones de impuestos; anunciando que los gastos del protectorado de Anam, reducidos en 1886 á 75 millones, bajarían en 1887 á 30 millones y acabarían por extinguirse gradualmente, y declarando que el presupuesto extraordinario iba á desaparecer. Las medidas relativas á la suerte de los trabajadores, las leyes militares, la revisión del procedimiento civil y criminal y las leyes de enseñanza hubieran podido figurar también en el programa más moderado. La promesa de restablecer el orden y la disciplina en la administración era un semicompromiso contraído con los ansiosos de espurgo. La frase sobre el clero: «que debe encerrarse en el papel que le trazan su misión y la naturaleza de las cosas,» era propia para satisfacer á los anticlericales, del mismo modo que la frase sobre las expediciones remotas, «fuente de sacrificios cuya compensación no siempre se ve clara,» debía satisfacer á los adversarios de la expansión colonial. ¿Cómo fué acogido este programa por las diferentes fracciones de la Cámara? La sesión del 21 de enero lo va á decir.

El ministro de Gracia y Justicia había hecho indultar por el resto de su pena á Luisa Michel, al príncipe Kropokine y á otros anarquistas de menor notoriedad. Sin embargo, Rochefort y once de sus colegas presentaron una petición de amnistía. El gobierno, por boca de Goblet, combatió enérgicamente la urgencia sobre dicha petición, á pesar de lo cual la urgencia fué adoptada por 3 votos de mayoría, merced á la coalición de la derecha con 80 diputados de la izquierda. La derecha esperaba que la amnistía comprendería los numerosos delitos electorales cometidos por sus partidarios en 1885. Cuando se trató de votar sobre el fondo y de amnistiar únicamente á los anarquistas, se unió á la izquierda moderada y la proposición fué desechada por 335 votos contra 111 de la izquierda. El gobierno no había planteado la cuestión de confianza, á fin de no poner en un apuro á los ministros ó subsecretarios que se habían pronunciado en favor de la amnistía: tres de ellos, Lockroy, Granet y Peytral, se abstuvieron de votar. Estas dos votaciones, en el intervalo de quince días, explicaron con la mayor claridad la situación parlamentaria: una derecha de 180 á 200 diputados siempre dispuesta á emitir votos revolucionarios; una unión de las izquierdas de 200 miembros muy decididos á apoyar á un gobierno; una izquierda radical de 100 miembros muy apurados entre sus simpatías por un gabinete en que estaba bien representada y su fidelidad á los hábitos de oposición, y finalmente una extrema izquierda revolucionaria, tan indiferente á la suerte del gabinete como á la elección de las alianzas.

En vano se hubiera esperado de una asamblea tan dividida una política reformadora; la legislatura ordinaria y la extraordinaria de 1886 se pasaron en interrelaciones y en agitaciones que recordaron las de los primeros meses de 1883, hasta el día en que la impru-